

—Sí, señor. (Sensación.)

Presidente.—¿Tiene usted seguridad?

—Sí, señor, porque me fijé perfectamente en él; es el mismo que mató á aquel señor.

Seguidamente la pregunta el defensor si cuando ocurrió el suceso servía de criada en casa de unos señores amigos de la familia Pagán. Ursula contesta negativamente.

Cree el Sr. Doval que ha incurrido en algunas contradicciones, y pide que se lean sus declaraciones. Hecha la lectura, lo único que se sabe de nuevo es que cuando presenció el crimen se emocionó mucho.

Después pide que se celebre un careo entre esta testigo y la niña castañera que declaró antes, y se enfada con las acusaciones, porque dice que murmuran como si estuvieran en el Congreso. (Risas.)

El presidente, Sr. González Chía, niega por fin el careo, y con razón, porque si no, sería el cuento de nunca acabar.

Eulalia Tovar García dice que el lunes por la mañana, siguiente al día del suceso, se encontró á una tal Paca, quien la dijo que creía que la policía buscaba á Hilla.

Al saber esto se fué á casa de Hilla á contárselo; pero éste, que estaba en la cama, ni siquiera volvió la cara.

Sube al estrado la dueña de la casa de huéspedes donde habitaba Hilla, en la calle del Molino de Viento. Muy simpática, por cierto.

Se expresa muy bien, y dice que el día de autos salió Hilla á las doce y media ó la una y volvió á acostarse á las doce y media de la noche, en ocasión de hallarse ella y su criada jugando al tute. Hilla, que nunca se detenía, se puso á jugar con la criada. (Risas.)

—El domingo de Piñata—sigue diciendo—regresó, como otras veces, á las siete, y volvió á salir con el gabán puesto; pero cuando volvió á acostarse iba á cuerpo.

Le parece que el gabán es el mismo por el color azul; pero no puede asegurarlo.

Tercera sesión.

Continúa el examen de los testigos, declarando el conserje del Círculo Industrial, Manuel González, y el sereno José Álvarez Menéndez, los cuales no dicen nada de particular.

El repartidor de *La Epoca*, Anastasio Moreno Ruiz, manifiesta que, al ir á llevar el día de autos la edición de provincias al correo, vió en la calle de Hortaleza á dos hombres en el suelo, uno de los cuales se levantó y se marchó, arrojando un arma.

Fiscal.—¿Cómo iba vestido el que se marchó?

—Llevaba sombrero hongo y gabán muy oscuro.

—¿Es ése que está ahí sentado?

—Me parece que sí; pero no puedo precisarlo porque estaba muy oscuro.

Comparece el niño de doce años Apolinar Antonio Batuecas, compañero de pandilla de los que declararon ayer que los habían echado el día del crimen del Salón Zorrilla por armar escándalo, y después fueron persiguiendo al criminal, gritando: «¡A ése! ¡A ése!»

Dice que en la calle de Hortaleza vió el cadáver, y en la de la Reina á un hombre, que fué al que siguieron, y el cual al bajar dejó una cosa en una ventana baja del palacio de Santa Coloma.

Este testigo se llama Batuecas, pero no ha demostrado estar en ellas. Antes al contrario, ha hecho muchísima gracia por el despejo con que ha contestado.

Al retirarse dice con mucha soltura:

—Señor presidente, que se me pague mi jornal. (Risas.)

—¿Cuánto ganas tú?

—Dos reales, de cordonero; pero he perdido con hoy tres días de trabajo.

—Bueno; pues que se le paguen seis reales.

El tabernero de la calle de la Reina, Isidoro Muñoz Losa, no sabe del suceso más sino que aquel día preguntó á un señor